

LXXI.

Una comunicacion extraña.

Algunos dias despues de la recepcion de Mauricio en la cámara del medio, nuestro héroe se hallaba en su casa concluyendo un retrato que le habian encomendado.

El bienestar y la dicha estaban muy léjos del modesto hogar del pintor.

A pesar de las promesas de Manuel y de las seguridades que le dió de que toda la fracmasonería le proporcionaria trabajo, su clientela era muy reducida. Habia prescindido ya de hacer cuadros originales y buenas copias, porque se eternizaban en las paredes de su taller, que era un departamento de su habitacion, ó tenia que cederlos á vil precio á los que especulan con el talento y la miseria de los artistas y de los hombres de génio. Hacia retratos de pacotilla, al gusto del consumidor, sofocando sus instintos de artista para que el pincecaminara de prisa y poder cubrir su reducido presupuesto.

Muchas veces le sucedia tener que arquear unas cejas, que

adelgazar unos labios, que agrandar unos ojos por indicacion del original, y aunque el arte y el parecido sufrian, como el exigente original pagaba y pretendia ser en retrato mejor de lo que su bendita madre le habia echado al mundo, Mauricio se mordía los labios y le dejaba completamente complacido so pena de perder su clientela.

Es fácil de suponer la escasez de los recursos que por ese medio se proporcionaba el pintor, en cuyo taller no pareció nunca para encargar trabajo mason alguno.

Cuando Mauricio se quejaba con Manuel de este abandono, su amigo le decia que tuviera paciencia y que veria cómo con el tiempo hasta los masones europeos le encargarian cuadros. Entretanto seguia escamotándole sus mejores obras á cambio, decia, de derechos de recepcion y demas gastos indispensables á un mason en la logia.

Esto parecerá increíble á quien no haya tratado íntimamente á uno de esos hombres que descuellan sobre la multitud por su génio. La ciencia de la vida les es completamente desconocida y generalmente son víctimas de quien es suficientemente audaz para explotarlos. Mauricio habia progresado en su arte de una manera notable, pero á medida que avanzaba en ese mundo ideal en que se complace en vagar la imaginacion de los artistas, perdia terreno en este mundo miserable en que vivimos todos y donde los bribones y los pe-tardistas tienen la mejor parte.

Manuel era uno de esos hombres cuya ambicion mézquina se reduce á hacer dinero por cuantos medios sean posibles; intrigante por naturaleza y bribon por instinto, habia llegado á adquirir cierta influencia en la sociedad masónica á la que habia pretendido y logrado pertenecer para medrar á su sombra. Mostrándose en todas ocasiones mason ferviente y decidido, haciendo la propaganda con fruto para la asociacion,

llegó á ser considerado por los directores de ella como uno de sus miembros mas útiles, y muchas de sus voluntades eran para la logia á que pertenecía leyes que con gusto se acataban.

Habia llamado su atencion el cuadro de Mauricio, y deseó poseerle, pero no de esa manera que deseamos todos, que ó hacemos un sacrificio para satisfacer un capricho ó esperamos pacientemente una ocasion para alcanzar lo que anhelamos; quiso tener el cuadro sin que nada le costase y le ocurrió la diabólica idea de hacer mason á Mauricio para lograr su objeto.

Ya hemos visto cómo sedujo al pobre pintor y cómo supo explotar sus disgustos domésticos y su ambicion de artista para que consintiera en afiliarse en la masonería.

Una vez obtenido el cuadro que anhelaba se guardó bien de satisfacer al tesorero de la logia los derechos que causaba Mauricio; usando de la influencia que como hemos dicho ántes habia sabido adquirir entre los principales masones, pidió y obtuvo un plazo para que su recomendado satisficiera los derechos que le correspondian, no habiendo podido lograr, á pesar de lo mucho que trabajó en ese sentido, que fuese completamente dispensado de hacer el pago, porque en materia de dinero no entendia de gracias y dispensaciones la Gran Logia.

Deciamos al principio de este capítulo que Mauricio se hallaba pocos dias despues de su recepcion de maestro dando la última mano á uno de los retratos que se veia obligado á hacer para vivir.

María estaba allí y procuraba cansar la paciencia del pintor haciéndole observaciones sobre su obra, observaciones que Mauricio recibia sonriendo sin dejar de trabajar.

—Solo á tí te ocurre, decia la malintencionada esposa, po-

nerle á esa vieja que toda se vuelve arrugas una frente tan tersa que parece una niña de quince años.

—¿Pero qué quieres, mujer? ella se empeña en que cerrando los ojos de cierta manera desaparecen las arrugas de la frente.

—Suponiendo que sea cierto eso, ahí está con los ojos abiertos, ¡y qué ojos! parecen de venado, y la buena señora los tiene redondos y chicos como los de los gatos.

—Debe uno darle gusto al marchante; despues de haberme hecho la observacion de la frente, abria los ojos desmesuradamente para que me parecieran grandes, y ya ves tú que no debia hacerme desentendido.

En aquel momento llamaron á la puerta del taller de una manera particular.

Mauricio se estremeció.

María, que en todo veia motivos para mortificar á su esposo, corrió á la puerta dirigiendo á Mauricio una mirada aterradorá y preguntándole con voz ahogada por la cólera:

—¿A quién aguardas?

—A nadie.

—¿Pues por qué temblaste al oír llamar?

—Porque no me esperaba que llamaran.

Durante esta rápida conversacion María habia llegado á la puerta, que abrió.

Un viejo de fisonomía adusta y vestido de gris se presentó en la habitacion, y á pesar de las señas que le hacia Mauricio, y que no veia realmente ó aparentaba no ver, entregó á María un pliego cerrado, diciéndole:

—Para el Sr. D. Mauricio de Gonzaga.

La esposa del pintor se apoderó violentamente del pliego que le alargaba el viejo, y no desmintiendo el carácter que le conocemos, le abrió y leyó sin que Mauricio hubiera tenido tiempo de impedirlo.

—Me quieres decir—preguntó á su esposo—¿qué significa esta gerigonza?

—Si no me dejas leer, ¿cómo quieres que sepa?.....

—Mira, contestó María acercándole el pliego á los ojos. Mauricio leyó asombrado la comunicacion siguiente:

«A.: L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:

Teniendo esta L.: Simb.: necesidad de coleccionar lo que los hermanos de ella adeudan á la Tesor.: por aumentos de salario, cuotas mensales y valor de útiles é instrumentos de trabajo, os suplico, querido hermano, os apresureis á satisfacer las cantidades que adeudais por dichos aumentos, cuotas, útiles, etc, para que esta L.: Simb.: no se vea en el duro caso de mandaros cubrir el templo, conforme al artículo respectivo de nuestro reglamento, con lo cual os suplico recibais mi abrazo fraternal saludándoos con los signos y baterías de costumbre.

L.: Simb.: Aréopago.: á los 20 d.: del segundo m... m.: a.: l.: 5866.—Claudio Neron, venerable pro témpora.—A nuestro muy querido hermano Mauricio de Gonzaga.»

Nuestro héroe quedó como petrificado al acabar de leer comunicacion tan rara. No podia comprender que cupiera en cabeza humana la diabólica idea de arrebatar á un pobre artista sus mejores obras, único tesoro que poseía, para engañarle torpemente y especular con su buena fé y con su confianza. Porque no habia duda, el papel que tenia en la mano era una requisitoria formal para que verificase el pago de una cantidad que él mismo ignoraba á cuánto ascendia, y que juzgaba, sin embargo, satisfecha con usura por la cesion que habia hecho á Manuel, representante, segun él, de la logia, de sus magníficos cuadros.

María le miraba atentamente y veía cómo cambiaba de color su rostro á cada pensamiento que cruzaba por su imaginacion, é impaciente y violenta como siempre, le arrebató el papel de la mano y repitió con irritada voz:

—¿Me dirás por fin qué significa esto?

—No comprendo..... contestó Mauricio distraido.

—¿Cómo! ¿no comprendes? Algun enredo es ese que no puede quedarse así. ¡Tú me engañas!

—Pero si yo he pagado, y mas que otros..... siguió diciendo Mauricio como si hablara consigo mismo y olvidándose completamente de María.

—¡Tú has pagado! Pero ¿qué has pagado? ¿por qué? quiero saberlo en el momento, habla—dijo María cada vez mas irritada y sacudiendo violentamente el brazo de su esposo.

Mauricio pareció volver en sí.

—¿Qué es lo que quieres, María? ¿por qué me sacudes de esa manera el brazo? ¿que te pasa?

—¡Y todavía pregunta qué quiero! ¡qué me pasa! ¡Alma de cántaro! ¿no hace una hora que te estoy preguntando qué significa este papel?

—¡Este papel!—contestó Mauricio tratando inútilmente de tomarle de manos de María—este papel..... no comprendo..... será una broma de algun amigo, de Ramon por ejemplo, dámele.

—Pierde cuidado, que no ha de salir de mis manos hasta averiguar lo que es. Sabe Dios si estarás de acuerdo con alguna para escribirse ella y tú de manera que si yo veo las cartas no las entienda, ¡infame!

Mauricio no pudo ménos de reirse de la idea de María.

—¡Te ries, eh! ¿crees que con eso quedo muy conforme? pues te equivocas, he de alborotar cielo y tierra hasta averiguar lo que este papel quiere decir.

—Me harás un servicio, hija, porque yo tampoco sé lo que significa.

—¡Hipócrita!

—Mil gracias.

—Mira Mauricio, no me exasperes, porque soy capaz de comerte.

—Deja que me quite la blusa, no vayas á envenenarte con la pintura.

—¡Mauricio!

—¿Hija?

—¡Eres un infame!

—Vd. me favorece demasiado, Mariquita.

—Me voy por no matarte—dijo exasperada hasta el extremo María, arrojando á la cara del pintor la comunicacion del venerable de la logia.

Mauricio la recogió, reflexionó un momento, se lavó las manos, se quitó la blusa, tomó el sombrero y salió de su habitacion.

Como todo tiene remedio en esta vida, nuestro héroe le habia encontrado, para que las campañas de su mujer no tuvieran graves consecuencias, en la calma y el tono de broma que adoptaba para contestar á sus injurias.

## LXXII.

## Masones y jesuitas.

Nuestro amigo Ramon, á quien hemos dejado de ver hace tanto tiempo, habitaba en una modesta vivienda de casa de vecindad; su palacio, como él la llamaba, se componia de dos piezas pequeñas y una azotehuela. Nada mas peregrino que el ajuar y la distribucion de aquellas piezas á las que vamos á introducir al lector.

La principal, á la que solo los íntimos entraban, habia sido bautizada por el exéntrico jóven con el nombre de Museo, á consecuencia de un librero antiguo, con rejas de alambre en vez de cristales, que habia comprado en el Baratillo y que le servia para guardar las prendas que recibia de sus numerosas conquistas; rizos de todos matices, desde el rubio rojo hasta el negro azabache, retratos fotográficos mas ó menos malos, zapatos de todas formas y colores, paquetes de cartas atados con cintas encarnadas, y otros objetos por el estilo llenaban el estante, principal mueble del departamento, y constituian